

ENTRE DOS FUEGOS. ADRIANA DE VERNEUIL Y LAS GUERRAS (1870 Y 1879)

BETWEEN TWO FIRES. ADRIANA VERNEUIL AND WARS (1870 AND 1879)

*Emilio Rosario**

En este artículo se realizará un contraste entre la guerra franco-prusiana y la guerra del Pacífico, narrada a partir de experiencias vividas por Adriana de Verneuil en el libro *Mi Manuel*. De esta manera conoceremos cómo el cobro de cupos, el abuso de las mujeres y la humillación a la población civil azotó su patria natal durante la guerra de 1870, que se reflejaron en la guerra de 1879, generando identificación, de ella, con la causa peruana.

Palabras claves: Guerra del Pacífico, memorias, género, historia política, Perú.

The item is a contrast between the Franco-Prussian War and the Pacific War, narrated from experienced by Adriana de Verneuil in the book Mi Manuel experiences will be performed. In this way we will know as the collection of quotas, women abuse and humiliation of civilians which I spank her homeland during the War of 1870; were reflected in the war of 1879, generating identification thereof by the Peruvian cause.

Key words: Pacific War, memories, gender, political history, Peru.

Introducción

El rol de la mujer en la política nacional es un tema que en los últimos años se discute con mayor frecuencia en coloquios, conversatorios y textos compilatorios. Cartas, escritos e incluso memorias son parte del arsenal que cuenta el bello sexo para relatarnos sus dichas y desavenencias como personajes públicos. Uno de los más afamados libros, ligado a la vida política del Perú, fue *Mi Manuel*, escrito por Adriana de Verneuil. La realización de este texto tuvo como objetivo inicial acercarnos a la vida íntima de uno de los personajes más célebres del país: José Manuel de los Reyes Gonzales Prada y Ulloa; sin embargo las anécdotas, los pormenores y entredichos de este personaje no monopolizan dicho trabajo. En numerosos pasajes podemos encontrar el análisis de la coyuntura realizado por Adriana. Empero, sería extenso ingresar a este proceso, el que será explicado en una próxima investigación.

El presente trabajo realizará un contraste entre la guerra franco-prusiana y la guerra del Pacífico, narrada a partir de experiencias vividas por Adriana en el libro mencionado. De esta manera conoceremos cómo el cobro de cupos, el abuso de las mujeres y la humillación a la población civil que azotó su patria

natal durante la guerra de 1870, también sucedieron en la guerra de 1879, generando identificación, de ella, con la causa peruana.

Las memorias

Una de las mejores herramientas para conocer un personaje a profundidad son sus libros-memorias. En primera persona relatará y justificará las acciones realizadas a lo largo de su vida. Pero estos textos encierran una mayor información a la producida conscientemente por su autor.

Las maneras de abordar un libro-memoria son distintas gracias al interés temático y la estrategia metodológica. Gracias a estos libros conocemos las costumbres de la época, la mentalidad de los diversos grupos sociales, la vida cotidiana e incluso los alimentos que regularmente consumían, por citar unos ejemplos.

En el caso peruano, los libros-memorias no son un elemento recurrente en políticos, militares o personajes populares (salvo en los últimos años en donde los personajes de la farándula nos inundan con biografías de dudosa procedencia). Personajes vinculados al devenir nacional como Dora Mayer, Víctor Andrés Belaúnde, Ciro Alegría, Mario Vargas

* Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima. Perú. Correo electrónico: emiliorosario981@hotmail.com

Llosa son quienes –por citar algunos– se atrevieron a realizar dicha tarea. Lo importante es contextualizar en qué momento se escribieron estas memorias y entender, por ejemplo, por qué Eudocio Ravines, un hombre identificado con la izquierda, terminó por deslindar con ella y trabajar fielmente para la oligarquía peruana.

Sin embargo existen muchos hombres y mujeres de nuestro país, no todos se han atrevido a retratar su vida en un libro-memoria, quizás por cuidar honras ajenas o la suya propia.

La guerra y la vida

Adriana de Verneuil nació el 25 de octubre de 1865 en Francia. Ella fue la hija menor, en un hogar donde muchos niños fueron concebidos, pero como era “normal” en aquellos tiempos la esperanza de los recién nacidos no era elevada, incluso llegar al año de vida era una verdadera hazaña, como nos lo relata:

“tuve cuatro hermanos: Alfredo, el mayor que me llevaba cerca de diez años; Marie y Jeanne, quienes murieron muy tiernas y a las que casi no conocí; Marthe, de la que conservo recuerdos como de una segunda madre y que murió a los quince años, en 1875” (Verneuil de Gonzales Prada: 1947: 8).

La causa fundamental de esta alta mortandad infantil se debe al endeble desarrollo de la ciencia médica, provocando que muchas enfermedades que atacaron a la población tuvieron resultados fulminantes.

Su país de origen era uno de los más importantes del continente europeo, disputando el liderazgo comercial y político con Prusia. Esta situación provocó la confrontación bélica entre ambos en 1870. Las fuerzas militares francesas no fueron lo suficientemente capaces para hacer frente a las tropas prusianas, quienes rapazmente se adentraron a territorio galo hasta llegar ad portas de la capital, lo que produjo angustia en los parisinos y en especial en nuestro personaje.

Adriana nos señala que todos los hombres capacitados físicamente para defender a la nación fueron convocados para tomar las armas e ir al frente de batalla, generando la falta de personal que labore en distintas fábricas lo que obligó a clausurar muchas de ellas; incluso la que pertenecía a su progenitor,

la que cayó en quiebra “al no entender él nada del negocio” (Verneuil de Gonzales Prada: 1947: 17).

Las fuerzas armadas francesas nuevamente no pudieron retener el ingreso de las fuerzas militares prusianas al corazón geopolítico del país. Adriana recordará el paso marcial de las tropas enemigas y las caballerías de oficiales desfilando por plazas y calles. Ellos no desaprovecharon la oportunidad de realizar saqueos a gran escala sobre la propiedad pública y privada.

En las líneas del texto afloran momentos muy delicados de la ocupación enemiga, mientras los varones eran obligados a ser sirvientes de los invasores, las mujeres eran utilizadas como objetos de satisfacción carnal. Adriana, con 6 años, narra el por qué se forjó exactamente el sentimiento negativo hacia los prusianos:

“Un día, uno de los alemanes, agarrándome sorpresivamente me sentó en sus rodillas, acariciándome, me pasaba la mano por la cabeza y vi rodar gruesas lágrimas sobre su barba gris, mientras le explicaba a mi mamá, en medias palabras, que tenía él también, una hijita de mi edad, sí rubia como yo y a quien extrañaba mucho. A un momento viéndole agachar la cabeza creí que me quería besar y con un miedo loco, brinqué al suelo, escapándome de sus brazos, huyendo de él, de su repulsivo contacto” (Verneuil de Gonzales Prada: 1947: 20).

Esto se convierte en un punto clave para entender su desprecio al rival. Los prusianos no solo dañaron moral y materialmente la nación francesa, también intentaron violentar su honra personal.

Pero como se dice criollamente: “tras cuernos palos”. Como hemos mencionado, las fuerzas prusianas se retiraron cargando en sus carrozas tesoros, textos valiosos e incluso objetos artísticos de importancia. Como “legado” al pueblo que lo acogió contra su voluntad, los prusianos provocaron la anarquía gubernativa, la desmembración territorial, el regreso de las tropas desmoralizadas, hombres dañados física y psicológicamente; y peor aún una geografía urbana y rural hecha cenizas:

“Esos acontecimientos no tardaron en ser terribles: la Comuna, el sitio de París, la capitulación de Sedán (...) Pero es de una tristeza sin igual, casi una burla por

el contraste, recordar esas escenas después de ser vencidos: viendo regresar esos mismos trenes, tal vez con esos mismos hombres, heridos, destrozados, desfigurados, envueltos en vendas ensangrentadas, sacados en camillas para ser llevados a los hospitales. En todos esos pobres rostros se leía el desaliento y quizás el peor de sus sufrimientos: el de su sacrificio inútil, el amargo rencor de saberse derrotados” (Verneuil de Gonzales Prada: 1947: 18).

Adriana incluso señala que la salud mental de su padre estuvo muy comprometida producto de la situación social de Francia postguerra al ser testigo de los cientos de hombres minusválidos pidiendo limosna en la calle, del incremento de la delincuencia y de la multiplicación de personas de mal vivir. Para librarse de ese desagradable ambiente y mejorar el estado económico de la familia, el patriarca de los Verneuil decide migrar junto con sus hijos a los Estados Unidos, por esos tiempos la tierra de la esperanza de los europeos que huían de las guerras y el hambre.

Para ello emprenderían un viaje de 3 largos meses. La llegada a tierras yanquis fue muy corta, en ella conocerían a Luís Faustino Zegers, quien era secretario de Henry Meiggs, hombre a cargo de la construcción de los grandes ferrocarriles del centro del Perú. Zegers le ofreció mejores oportunidades en tierras peruanas, propuesta que el padre de Adriana acepta en el acto, emprendiendo su llegada a nuestro país.

Una francesa en Perú

La estadía en tierras norteamericanas fue corta, los amigos de su padre lo persuadieron para llegar a una tierra que gracias al desarrollo económico, producto del *boom* guanero, generaba una gran atracción para la inversión extranjera. El Perú mostraba una imagen de ser una tierra de oportunidades, en donde la fortuna era fácil de alcanzar gracias al trabajo duro y las buenas relaciones con los políticos.

El viaje implicaba cruzar México, los cálidos países tropicales centroamericanos y las costas colombianas y ecuatorianas; toda esta travesía narrada por Adriana, quien se mostraba sorprendida del color de su gente y el clima dialécticamente contrario a Europa:

“Por fin llegamos a Colón y desembarcamos; yo, encantada de sentir tierra firme bajo mis pies, placer que antes no apreciaba en su justo valor. El lugar nos pareció triste a pesar de la gritería de los negros que nos rodearon, queriendo llevar por la fuerza nuestras maletas de mano, que nuestros amigos nos aconsejaban no soltar, sabiendo cogerlas y desaparecer con ellas. Tuvimos que sostener una verdadera lucha, yo algo asustada por las caras simiescas de ese espécimen de la raza humana, tan nuevo para mí” (Verneuil de Gonzales Prada: 1947: 38).

En el trayecto del viaje conoció al expresidente del Perú, Rufino Echenique, quien se encontraba en una situación física y mental deprimente, al parecer estaba llegando a un estado de locura, debido a la senectud.

Finalmente llega al puerto del Callao el 16 de octubre de 1875. Lo primero que atrajo su atención fue la ingente presencia de negros y chinos. No era común para ella apreciar a este grupo de personas:

“Recuerdo que antes de llegar al muelle del Callao, vi pasar en otro bote cruzando la bahía, unas mujeres envueltas de un modo extraño que me parecieron monjas y al preguntarle a don Faustino me contestó –son mujeres con manta, tú también te pondrás–, me dejó sorprendida la rara moda y más aún la perspectiva de ponerme yo también, esa especie de manto negro, parecido a aquel con que pintan a las mujeres santas, acompañando a Jesús, al pie de la cruz (...) Luego en otro bote pasaron también unos extraños hombrecitos amarillos y nos dijo don Faustino –son chinos, hay muchos en el Perú, traídos como esclavos– al preguntarle mi papá si conservaban su cola, él le contestó, que solo la guardaban, los que pensaban regresar a su país” (Verneuil de Gonzales Prada: 1947: 43).

La posición de su padre como hombre de negocios inmediatamente lo ligó a otros de ese entorno social, como el caso de Enrique Meiggs, caracterizado por dar grandes fiestas y generar pactos subrepticios con los políticos de aquellos tiempos, con el fin de obtener las concesiones estatales como el caso de la construcción del ferrocarril del

centro (Quiroz: 2012), lo que generaba a su persona ingentes ganancias.

Pero los negocios del patriarca de los Verneuils se convierte en un tema tabú que es ocultado por arte de magia. De aquí en adelante ella narrará sus vivencias al momento de ingresar al internado, exclusivo para señoritas. Ella en un primer momento fue objeto de burla y marginación por sus mismas compañeras. La ayuda de otras amigas de su edad y las propias monjas generó que este choque inicial con una nueva sociedad y sus costumbres fueran superadas con éxito.

El internado donde asiste es también un lugar multinacional, europeos y familias de distintas partes de latinoamericana, incluso chilenas, forman parte de su alumnado. Sin embargo, la vida de ella cambió producto del inicio de la guerra del Pacífico, un acontecimiento que afectó radicalmente al país.

Chile azota el país

Esta es la parte más sensible de las memorias de Adriana al intersectarse en su vida dos acontecimientos distintos, pero con un punto en común: el sufrimiento de un pueblo, producto de una guerra internacional. Esta última palabra al volver ser escuchada generó en ella tristeza personal y el recuerdo que la crisis familiar volvía a su vida:

“Siempre eco doloroso en mi corazón y fenómeno raro, yo que me sentía tan francesa cuando me reprochaban de serlo, me sentí igualmente muy peruana al saber la noticia, espantaba al pensar que se iban a renovar aquí los tristes episodios presenciados por mí el 70 en Francia (...) Y no llegaban noticias; al menos, no como las deseábamos; por el contrario, desalentadoras. Ya oíamos murmurar a muchas compañeras, discutiendo entre ellas razones políticas, refiriendo los hechos según sus simpatías o tal vez sus conveniencias” (Vernuil de Gonzales Prada: 1947: 79).

Adriana aún en el internado, un ambiente silencioso, de una rutina rígida, donde una parte importante del tiempo era dedicado para la oración sacramental, no impedirá que la derrota en Angamos, la pérdida de Tarapacá y el desastre de Arica, entre otros de los principales acontecimientos de la guerra contra Chile, fuese comentado por ella y sus compañeras,

cuyos padres, hermanos o amigos estaban participando en el teatro de operaciones. Algunos de ellos volvieron en ataúdes, como prisioneros, lisiados de por vida o traumatizados por siempre.

Los días pasaban, y el retiro de compañeras era frecuente producto del temor que generaba el avance chileno y una posible invasión a la capital. Solo aquellos que tenían la remota esperanza de revertir este trágico escenario permanecían en Lima intentando llevar su vida con normalidad (Rosario: 2010), pero esto fue por poco tiempo.

La hora más crítica del país fue la huida de Mariano Ignacio Prado, y el posterior ascenso de Piérola (diciembre-1879), mediante un golpe de Estado. El califa, apodo que llevaba Piérola, se presentaba como la “última esperanza” que tenía el país para cambiar su destino en el desenvolvimiento bélico, pero Adriana se encontraba sumamente escéptica en torno al accionar de este cuestionado caudillo:

“Todos cedieron ante ese hombre que en su orgullo se creyó capaz de defender y salvar a la nación: grave error que desgraciadamente muy caro pagó después el Perú. Todos se preparaban con entusiasmo a la resistencia; pero no se improvisa un ejército en un día, ni con solo buena voluntad (...)” (Vernuil de Gonzales Prada: 1947: 81).

La defensa de Lima fue el acontecimiento que produjo un antes y un después de la guerra del Pacífico, como fue la toma de Paris. La preparación militar de los limeños generó en ella una especie de *dejavú* en donde el entusiasmo y la preocupación por parte de la población era latente. Madres, esposas, novias e hijas despedían a las tropas quienes se dirigieron a San Juan y Miraflores a enfrentar a las fuerzas chilenas. Entre los contingentes bélicos encontramos una importante cantidad de indígenas, negros e incluso chinos carentes de algún sentido de identidad con la causa nacional, ellos no sabían a quién enfrentaban o por qué peleaban, solo escucharon que el enemigo era un ser llamado chileno; mitológico, animalizado, que tenían que combatir porque el patrón lo ordenaba.

La ocupación militar de Lima por parte de las tropas chilenas generó mucho pesar y temor entre los peruanos. Los extranjeros se refugiaron en las embarcaciones ancladas en el puerto del Callao en tanto muchos connacionales huían a provincias, otros

se encerraron en casas, colegios y otros lugares que enarbolan una bandera extranjera a esperar lo que el destino les deparaba.

Una vez ocupada la capital peruana, Patricio Lynch, designado gobernador interino por parte del gobierno chileno, garantizó la neutralidad de los extranjeros. La “normalización” de la vida cotidiana generó que nuestro personaje regrese al convento:

“Muy pocas niñas vinieron ese año al colegio no solo de provincias sino del mismo Lima sin quererse separar de los seres queridos, en el momento del peligro que todos presagiaban (...) solo tres alumnas éramos las de la segunda división ese año: Estefanía Gonzales, Ester Bielich y yo. Todo el clan chileno había desaparecido: las Irrarázabal y sus primas hermanas las Casanuevas, la Godoy y unas cuantas chicas más. Era un gran bien, pues resultaba muy difícil disimular ante ellas nuestras impresiones de a cada rato buenas o adversas, según las circunstancias” (Verneuil de Gonzales Prada: 1947: 83).

Esta situación produjo recordar a su Francia natal, sitiada bajo el fuego prusiano. Ahora con más edad, era consciente de la realidad que la envolvía a ella y sus compañeras quienes dialogaban en pasillos y cuartos acerca de la crisis que atravesaba el Perú, el que tenía como responsables a Piérola y sus colaboradores. Ella forjaría un concepto negativo en torno a los actores políticos, incluso no tuvo reparos en criticar públicamente su accionar, estando presente la hija de Lizardo Montero, respecto de la responsabilidad de su padre en el desastre bélico, generando ello una pequeña polémica al interior del convento entre las alumnas:

“Todas pensábamos igual al respecto y duramente le reprochábamos al famoso Protector de la raza indígena, que hubiese empezado por protegerse a sí mismo, al no dar más acuerdo de su persona, a pesar de haber dicho retirarse a la sierra para organizar un nuevo ejército. Hablábamos con entera libertad seguras de tener razón y haciendo caso omiso de Grimanesa Montero, que callada nos escuchaba. Hasta que estalló reprochándonos el ser injustas

con el padre de sus amigas” (Verneuil de Gonzales Prada: 1947: 92).

Adriana fue testigo de cómo los chilenos saqueaban la biblioteca de Lima o cargaban con la inmobiliaria de la Universidad de San Marcos, haciendo esta acción el recordar a ese París golpeado, humillado y saqueado. Este tipo de situaciones causaron en ella una situación de identificación con la causa peruana. Incluso nos narra el mal momento que pasaría su progenitor en este proceso, quien estuvo a punto de ser golpeado por un oficial chileno, de no ser por la intervención de su hermano, las consecuencias hubiesen sido terribles. Aunque lo interesante de esa anécdota es el acto siguiente, donde un chino fue humillado por los propios chilenos quienes hicieron que limpie la vereda, lo que nos ayuda a romper un mito que todos los orientales estuvieron totalmente del bando rival.

“Otro día por la calle de Virreyna vimos un infeliz chino andando tranquilamente delante de nosotros, se le presentó un paco con una escoba en la mano ordenándole barrer: yo no barro, dijo el chino por varias veces, con voz firme y sin obedecer. Entonces el chileno lo cogió del dedo índice, torciéndoselo hasta querérselo romper. Había visto la escena y apuré el paso, para no ver lo que no podía remediar. Llegué enferma a casa, convencida de que era preferible estar en el colegio y no presenciar tales abusos” (Verneuil de Gonzales Prada: 1947: 94).

El sector femenino peruano cuestionaría el rol del género masculino, quienes en teoría eran los llamados a proteger la patria, pero en la práctica no lo hicieron, por el contrario, su incapacidad y cobardía provocó la humillación de la misma:

“Verdad que en ese tiempo nosotras las mujeres habíamos adquirido el derecho de burlarnos de los militares de profesión, pavos cebados con el dinero de la nación y al utilizarlos en el momento oportuno, tan mal se habían portado en los campos de batalla. Corredor de campamento era la típica frase que las mujeres del pueblo aventaban a la cara a los hombres, al pelear con ellos en la calle y les oí gritarles más de una vez” (Verneuil de Gonzales Prada: 1947: 98).

En plena ocupación el padre de Adriana falleció. Desde el plano personal, hasta el patriótico, se convirtieron en una intersección de situaciones negativas para nuestro personaje.

Nuestro personaje contrastó dos hechos, acaecidos en distintas épocas y con características propias, pero que generaron la humillación de ambos pueblos (francés y peruano), lo que generó una identificación con el Perú derrotado, como lo estuvo su patria en la guerra franco-prusiana.

Conclusiones

Como apreciamos, este acontecimiento fue importante en la memoria de Adriana, quien redactaría *Mi Manuel* entre 1938 y 1940. Una pregunta de rigor al estudiar ese libro es por qué iniciar este texto conmemorativo a su esposo con un evento tan lejano a nosotros los peruanos, que pudo nuestro personaje narrarlo como anécdota u obviarlo de su memoria. Además de las situaciones comprometedoras a modo personal, ella años después sería testigo de una de las peores desgracias que podría acontecer a un país en postguerra, ser invadido y su población a merced de pillos y truhanes, en este caso cuando se encontraría en suelo peruano.

Esta identidad con la causa peruana no fue un hecho aislado, otras extranjeras compartieron el amargo sentir de la ocupación de Lima como el caso de Dora Mayer, quien sintió identificación con el sufrimiento de los peruanos:

“No fuimos los que más sufrimos con esta desgracia, no teniendo miembros de la familia en el ejército, ni siendo atacados directamente en ninguna forma, y contando yo con demasiado pocos años para adentrarme en los problemas relativos, pero repercutió en nosotros con fuerza el sentimiento nacional y sentimos el estrechamiento con el próximo que una común zozobra ocasiona. Después de seguir contando con entusiasmo el curso de la suerte de las armas murió la esperanza y entró la decepción” (Mayer: 1991: 129).

En consecuencia, algunos ciudadanos extranjeros forjaron un sentimiento compartido con los peruanos. En el caso de Adriana este acontecimiento afianzará su peruanidad, contrariando al mito popular que su relación con Manuel Gonzales Prada forjará su amor por el Perú.

Referencias Citadas

- Gonzales Prada, Adriana Vernuil de
1947 *Mi Manuel*. Editorial cultura Antártica. Lima.
- Mayer, Dora
1991 *Memorias*. Seminario de Historia Rural Andina Lima.
- Quiroz, Alfonso
2013 *Historia de la corrupción*. Instituto de Estudios Peruanos. Lima.

- Rosario, Emilio
2010 La voz de todos los peruanos. El diario *El Peruano* y la guerra del Pacífico (1879-1883). En José Chaupis y otros (2010). *La guerra del Pacífico. Aportes para repensar su historia*. Volumen II. Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima.